

los bracitos en cruz parecía separarles. ¡Ah! ¿Por qué barrancos ó verdoyos que alisan peñas no hicieron resbalar sus piés para que se rompiera en su aspereza la frente? Ella, que jamás dió abrigo á descariños, que guardó fidelidad, que tanto gimió por las citas con su Vicentillo en aquel manchón de sardones, sintió que oprimían su pecho, que golpeaban sus oídos, y loca de rabia infinita tomó la porra barnizada por el uso, descargándola sobre aquel hombre que había sido su vida. Desvió la cólera el golpe, y el niño siguió durmiendo durmiendo para siempre!

Pero tuviste en Navidad, ¡oh picaruelo! un gabán escarlata: tu pobre blusita de manta teñida con tu sangre!



Almas Gemelas

A DON MANUEL H. NAVA.

Uraño ingénitamente, quizá reconcentrado por vagos presentimientos de ulteriores infortunios, había guardado mis afecciones, defendiéndolas con mi sequedad, como el nido su ave y la concha su perla. ¡Qué ingenuo! Ahora, perla y ave, ni concha tengo y en balde busco el nido!

¡Cómo evitar lo que se tiene ya! ¿Destrucción, humo, lumbre, no van dormidos en leños como en yescas? Esta frágil sutileza de nube que metamorfosea una brisa, y esta liviandad de pluma que hace bailotear un aletazo de azor, han lustrado mis pupilas con lágrimas, como adquieren transparencia en las aguas esos grandes ópalos turbios que se llaman hidrófanos. Mi alma fué como perla de aljófar que la noche callada prendió en carnoso pétalo de lirio; al amanecer abrió el sol en su in-

terior banderas de colores, y antes gris, tuvo cambiantes rápidos que ignoraba llevar dentro. ¿Es que me hago un reproche? Nó; tengo la tristeza de que mi alma —perla de aljófar—rodó sobre níveo y engrasado plumón de cisne airoso, sin dejar un escalofrío, ni un beso, ni algo de sí misma. Llantos adélficos, ¡cuán dulces fuísteis á mi sér!

Por las tardes, inexplicable desazón hacía-me andar. Visité, inconscientemente, iglesias de naves sombrías y medrosas que repetían del cura vestido con casulla oro y azul, gorgoriteantes y confusos latines, é inmóvil, fija la vista en la combada cúpula, oía caer de graves campanas y esquilas tipludas, como de ideales cornucopias, flores de ilusión y velos de armonías que iba sopesando el aire. Y solamente salía de allí cuando pequeños monaguillos de roja enagua, llevada con desaire, cobreños acetres y deshilachados hisopos, regaban el pavimento. Salía entonces, y abobado entregábame al garbullo de la indócil avenida.

Deteníame, ya en librerías desiertas, ya en cantinas pletóricas, ó contemplando el desfile de carruajes, cuyos cojines de paño se hundían complacidos para besar las formas de tanta mujer venusta y displicente que, aborujada en invernizo abrigo, paseaba su tediosa molicie. Cabezas sin pensamiento, huecas y sonoras como alegre cascabel, y corazones vacíos, con fango de ostentaciones triviales como cápsulas de

adormideras. ¿Brocados y sedeñas muse-linas de crepúsculos fastuosos turbarán con desasosiego de misterio y belleza tales almas? ¡La paradoja del Mar Muerto es inconcebible aplicándose á los espíritus! ¿Cuándo, Nazareno Jesús, los desiertos se cubrirán de flores?...

Huí; solo ya, entre libros colocados en amplios anaqueles alumbrados por lámpara rojiza que ponía una estrella en el cielo raso y un sol enorme y asimétrico en la suave alfombra, caía en sólitos pensamientos; en tí, reina, virgen y amada mía. Mi corazón, mustia hoja en solitaria encrucijada, sintió atracciones de brisas de placer, cuya fuerza nulificaron ventalles de indiferencia, y que al fin siguió la ola de un aire de amor. Tu porte orgulloso, desdenes y repullos naturales, fueron misterio, que por misterio me atrajo. ¡Y qué velar el mío! Te miraba inaccesible, como sima que detalla lejanos paisajes; alta y serena, como para ceñir corona de nubes! De mi ensueño, á la renuncia y posesión, llegaba por desalientos y entusiasmos insólitos. En mañanas estivales, abandonando el brillante carruaje, discurrías bajo frondajes cípricos, viendo los árboles que sacudían sus ramas y soltaban en tu homenaje amarillentas hojas que se prendían á tu corpiño, arañaban tu corbata trémula é iban á morir bajo tus zapatillas diminutas. De regreso á la ciudad te seguía mi pensamiento celoso. En constante balbucencia—pronunciando tu

nombre—diáfanos semilunios me oyeron. Te conocía como el tic-tac de mi reloj, y para mí era dulcísimo entretenimiento remover tu espíritu como líquido en un vaso, para ver la calma del fondo reclamar los errantes corpúsculos. El ímpetu de mi cariño soñaba sacrificios que abrían leyendas mágicas ante asombros verdaderos de los corazones que florecían como el nuestro. Pórticos fabulosos se ahuecaban, irguiéndose, para que nuestra dicha pasara, y rodeando nuestra mansión barbacanas de olvido y fosos inmensos.

Oh! si las almas fueran como lagos, cuyas linfas buriladas por el pico de una golondrina se cierran sin dejar cicatriz! Para unir bordes contrarios en dos espíritus, no hay puente. ¡Ni la esperanza! Me digo: caer, subir eterna, infinitamente, alguna vez se chocará con hachones de cometas ó con maxilas de cumbres; pero creer, soñar en alivios cuando puñales hundidos nos encogen la faz y la mano que ansiamos besar está ensangrentada!... ¡Mezquindades, puñal, vileza!... ¡Qué ansia la de aplastar infames! Pero al fin ¡Es una glorificación tal deseo!

Amada mía: ¿Olvidarán las almas? A tus pies mi cariño fué alfombra, velaron mis deseos tu pensamiento, y mis amores fueron cantándote al oído, atento y ávido. Encaminé tu espíritu á la belleza que olvido y perdón es, y cuando apenas columbrábamos torreones almenados, como ciudades ó iglesias dormidas en brumas de

crepúsculos vespertinos, tu mano aflojó mi mano y una gran melancolía inmovilizó tus miradas. Debía escribir después: y la punzante—convicción de que tú ya no eras mía—invisible y tenaz me precedía—como aire que al correr sopla el semblante.

Gemí, lloré; algo buscabas que no estaba en mí. Te arrullé entre celajes; abajo, huracanes de pantanos soplaban impiedades. Y caíste. Ay! el tormento de reinas desnudas paseadas en plazas públicas, junto á mi dolor, es risa! Y con la confesión en los labios, á mis brazos retornaste, y te amaba con todo mi corazón, y.... estábamos separados para siempre! Fuí bajel que apenas viendo la bahía furioso temporal le aguardó, temporal perpetuo, y que rotas sus anclas huyó para no estrellarse contra engrifados cantiles, á los torbellinos de alta mar.

¿El fango te dió sér y moriste por eso en los desiertos de mis rígidos principios de bondad, ó en desiertos naciste y por eso te atrajo la hedionda frescura de légameos?..... ¿Yo acaso?..... Cegóme la verdad, hundí las manos en las ondas de tu alma, y negruscos limos mordieron mis dedos. Mas te amé por imposible. Iba junto á tí como trino de ave que llora en bosque invisible por lejano. Pensé morir, porque, generalizando tu conducta, ví sobre todo miserias; el sol me parecía opaco y tenía el corazón lluvioso y obscuro como noche de tempestad. Juzgué que muer-

ta tú, al sol irían nuevos arrullos míos.

Y moriste. Punzante fatalidad siguió al deseo. Bajo la sábana mortuoria, tristemente asomaba tu cabellera como cuervo en blanca estepa; los cirios erguían rígidamente las sagitas bronceínas de sus flamas y deshechos en lágrimas se acortaban. Cuando descendimos el camino de abedules provectoros que conduce al cementerio, gemían todos y yo reía—único que te amaba—y en acción de gracias mis labios eran manantial de oraciones.

Me dije cuando ya no te ví: ¿Nada lleva el aroma de la flor que abandonó marchita? ¿Las almas olvidarán? Mis ojos han empobrecido sus joyeros regando sus diamantes; ni muerte, ni vida: quiero desaparecer absoluta, totalmente.

Me decías: soy árbol que desnudan los inviernos; ¿á qué hacer capullos en los limbos de mis hojas? Te decía: soy linfa voluble; ¿á qué besar mi faz, si al besarle, falena débil, ya nunca se despegarán tus frágiles alas? Y respondíamos al par: soy tuyo, soy tuya! Y sí, nos pertenecemos como pesadilla y sobresalto al sueño, y como á la tierra dos cadáveres. Juntos fuimos en la vida como dos pupilas que no ven, como brazos paralíticos, como piernas anquilosadas. ¡Qué aplastante la convicción de una vida sin fin, de una eternidad sin objeto! Húmedas por limo de ignominias, tus alas sostenerte no pudieron, y arrancando sus plumas, trocaste bullicio y algazara de los que mastican

zancarrones, por serenidad y silencio de cúlmenes. Cuando el vibrante clarín de la caravana de hombres púgiles y fecundas mujeres tocó marcha, no pudiste correr por la finura de tus pies, y á la vera del camino quedaste cantando—para mí llorando—tu juventud. Fué tu vida inútil como los desiertos líbicos que no sustentan un albergue. Acaso eras buena é irresponsable como el cielo que manchan nubes que no engendra; está su origen muy hondo, en ríos y ciénagos que se gangrenan. ¿Así tú?

Si las clepsidras impasibles hundea razas y obeliscos que los perpetúan, debemos hacer de nuestro ideal doloroso algo eterno y viril como las puestas de sol. Está siempre tu recuerdo en mis desdichas, como el temblor en el ponto y como la luna en la noche. Y no volverás. Por eso ni deseo vivir ni morirme; pido la destrucción absoluta. Mis labios que unge vano misticismo, van murmurando á toda hora:

Oh, Dios! por irme á tí, de aquesta vida
en el igneo incensario que aromando
va el ambiente con mirras y con ámbar,
mi espíritu, oloroso liquidámbar
ha mucho tiempo que se está quemando!





Almas Sombrias.

A MIGUEL ANGEL LUENGAS.

A dos leguas de Villahelada, siguiendo el caminillo que acopados árboles custodian y va dando vueltas como ruda muesa en la montaña, y tiene recodos lúgubres donde el aire da rebufos, y se alargan y rebotan como tráfugas atontados rastrallidos de chicotes, allí, tras lomita, brilla la espejada laguna de Jajalpa, como encristalada techumbre de subterránea población. Fatiga el camino lleno de guijarros á la entrada; á la derecha, montes y casucas miserables con guías de frijol silvestre, muros ahumados, perros pitafiosos y rabadas de carnero en rudas estacas; á la izquierda sembradíos de legumbres: remolacha, cebollones, lechugas encarrujadas y coles como grandes flores verdes, y al frente calles rústicas, rectas, empinadas ó torcidas, como si prisioneros

cíclopes en rudo forcejón, querido hubieran salir sin conseguirlo.

Aquel ranchejo parece desplomado á fuerza de puntapiés en la ramera, y aquel otro se derrumba como aborrrachado. En el aire flotan trinos y gorjeos y rebramos, y allí, siguiendo suavísima escarpa, brilla la espejada laguna, tan llena de greñudas hierbas, que parece que un monte de sus aguas trata de salir.

Cerros que resguardan rojizos madroñuelos, fingen tener disímbolos remiendos por las varias labores de sus curvas rayadas por lluvias tenaces, cuando del cielo manchadizo cae la nubada; y así, como al paso las arranca, faltan las fresas navideñas. En las lomas, un solo caballejo mansejón tira de la rastra; muy alto rondan los zopilotes como buscando un sendero, fingen hallarle y todos se dirigen á las lomas de calvez eterna, que no sé por qué se antojan tumbas ciclópeas.

Migratorias golondrinas, cuando bajan al ras del agua, parece que se van á hundir, y un momento hay en que la luz reflejada en las linfas es á la del cielo tan igual, que parecen los cielos reflejo de la plácida laguna.

Entre amarillos cañizales, dormitando inmóviles, paseando ridículamente serias ó sumidas en hórrida aflicción, están las garzas nevadas, como nevados husos ó quietos morriones de pluma; al borde y muy lejos, pájaros moñudos y sauces mechosos, y en ocres llanos vacas rabeantes,

caballos y cabras. ¡Caramba si es simpático el poblado con sus techos caedizos, montañas y costumbres curiosísimas!

Cualquiera diría que aquel viejecillo es limosnero, por su talego de trapos. ¡Pues no es verdad! Cambia melcocha por zaleas y pide un regalo porque habiendo matado un coyotillo, del cual enseña la cabeza, es justo que le den algo. Mohienta carabina y macicez de corazón, hé aquí lo necesario para emboscarse con temporal nevoso, sin miedo al maléfico vaho de los coyotes.

Llámase Felipe y estuvo sirviendo en Villahelada á Doña Josefa del Hortigón. Según cuenta, separóse porque ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! tiene un lenguón, hediondo como ruda, filoso como machete y marañero como rapista holgazán. Fué hace poco á mercadear; y al verle Doña Josefa parecía que ya se le iba encima á los uñazos. Ahora, con todo y su flacura, carga leña y con gamuzada canoilla camina igual que un tren.

Al semidiáfano amanecer, Felipe y dos amigos, en chalupón angosto cada uno, prepáranse á pescar. Aquí, Felipe; ellos, allá; una señal, y de pronto, como en regata de apuesta crecida, bogan rápidamente, y al encontrarse páranse, hunden á compás las redes que al ser levantadas chorrean sonoramente mostrando blancos pescados como trozos de nieve; ó bien, sólo Felipe, á redobles de patadas ha-

ce bailotear su chalupa cuyo ruido atrae diminutos pecesillos en tal cantidad, que hierven y brillan como chispas de un cohete que adentro hubiera reventado. El agua ondula como si el tazón del lago hubiera sufrido fuertes sacudidas y poco á poco fuera calmando su agitación. De regreso, cuelga la red en la chalupa como enorme hueva de pescado. Allí los descama, en aquel pequeño islote que tiene aspecto de buque náufrago, rodeado siempre de tepozanes esmirriados que á toda hora avientan hojas y de manchones de pensamientos empolvados siempre como para baile de carnaval.

El sol simula derretir las nubes giradas, y al entrar en las aguas franjea de violeta los peñascos hundidos y hace pensar en mundos inexplorados y deformes; el aire pone velos impalpables en el rostro, deja temblores en las metalescentes linfas, seca los bueyes merdosos y sacude los grandes cañizales en los que verdes víboras parecen intestinos arrollados; canta extrañamente un pájaro como dando gritos de ahogo, y al golpe de remo el agua escurre como vidrio fundido, y el frunce de una ola finge el desliz de una anguila.

Al pie de sauces lánguidos que observan su negativa trémula, Felipe amarra su canoa. Ya espera el jetudo caballejo la carga de pescado y con ella... á Villahelada. No por el camino que parece muesa, sino cortando el montecillo por

laderas lúbricas ó alfombradas de borusca. Resopla el mañero rocínante cuando al salir del pueblo una lagartija mueve los tapetes de mastuerzo colgado en las cercas. Allá quedan las casas diminutas como unos cuantos trabajadores que años hace construyen zanjones inmensos cuyos bordes son los cerros. Los árboles resecos truenan como ante enormes lumbradas; suave sisear despréndese de las copas, y allí donde peñascos verdinegros incrustados en la tierra están, como caídos de muy alto, descansa Felipe; suelta la cincha del caballo que abre las narices como aspirando la cedria aromática del bosque; frunce el rostro cenceño, siéntase, é hipnotizado va siguiendo la huella de un recuerdo. La ceniza de los pastos quemados por boyeros finge el volar de escarcha inverniza.

—¡Oh, Dios! hace un mes apenas, salí de la cárcel.

Para él todo tiene forma extravagante; los sauces que aun no empiezan á hojecer parecen puñados de látigos; los guijarros, granadas que no estallaron, y lánguidas matas de maíz aventurero, negras espigardas diseminadas en el campo.

Está sordo como si dos almohadas opriieran sus oídos; aquellas aguas que abrazaron su imagen cuando por allí pasó, no son esas; ¡oh, nó! Distintas nubes han copiado; ya negras como racimos ó cándidamente blancas como espumas concretas. También su pensamiento desenrollado co-

mo cinta pulida de metal, ha copiado nuevos cielos y en él han caído también sombras de muchas nubes de infortunio y reflejos de lejanísimas estrellas de ventura. Siente el corazón apretado por su angustia como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que el aire seca y no deja encarroñar.

Cuando salió del pueblo glomérulas de flores eran mecidas por céfiros que hacían culebrear el pálido ormesí de los trigales; descansaban los rebaños desmarridos; en las aguas perseguían las golondrinas su imagen, y como bendición caía la tarde sobre la campiña en éxtasis. La montaña clivosa bajo la candencia del sol no murmuraba, y él, calenturoso, marchaba entre guardianes con el entrecejo fruncido fieramente como si fuera viendo algún hilo de araña prendido por la brisa en el sombrero. Hileras grises de casucas fingían espiarle por los claros de su pabellón de pasifloras; verdes y pardas, lomas y más lomas como carapachos gigantescos de tortugas; toros cervigudos entre los boscajes breñosos, trémulas cantadas de boyeros en los aires y muy lejos el lago azulando.

Anunciábase en el horizonte una fuerte cerrazón; abatíanse ventarrones que hurtaban perfume pestilente á la yerba de Santa María, y apenas si el crepúsculo bermejo tornaba cobreñas las puntas del monte. A poco, la noche arrojaba sus lutos en el río que parecía largo camino negro,

donde las estrellas como cirios señalaban tumbas muy remotas.

¡En vano descalabazarse por lo que nunca sabría cómo pasó! Marchaba cogitabundo, con infinita cansera en cuerpo y alma. El frío mordisqueaba sus carrillos; nada sentía. Llamaron sus guardianes á la puerta de la cárcel, y abrió un soldado variolado y turno que á sonoras fumaradas concluía un tabaco. Hediondez de miseria y angustia salió á su encuentro como deteniéndole y se prendió á su nariz como tenaza. Los ronquidos de la guardia parecían amenazar. Fué recibido en la alcaldía y conducido á celda oscura como un presentimiento; y al quedar solo dejóse caer en la trigaza que tanteaba con los pies. ¡Solo, solo!

Y lloró, lloró por muchas cosas que le arañaban muy hondo. Y en la culminancia del dolor, cuando su espíritu se llenó de sombras, tuvo serenidad, y los recuerdos, como aves nictálopes, abrieron los ojos fosforescentes.

Era el día de sus bodas. En el cielo turquezado dormían las estrellas parpadeantes y soplaban aires tan fuertes que parecían desmochar los trigales. Quiso ver á su María con camisa cambrayada, rojo castor, zapatos de cubo de cabra y chinela de charol, gargantilla de colores y grandes arracadas de plata columpiándose locamente en sus orejas. Quería verla. Saltó matorrales de hinojo y manzanilla, y ancha abertura en las costeras llevó sus mi-

radas hasta adentro. Y al cuproso resplandor de los tizones vió á María con su rebozo terciado, besándose y dejándose besar de un hombre.

¡Ah! Iras y ferocidades de tigre le apercollaron, la desesperación de quien se asfixia abría desmesuradamente sus ojos estirando sus párpados, y el lodo de todas las infamias saltaba en su corazón.

Calladamente llegó á la puerta; el crimen tendía alfombras á sus pies. De un salto estuvo junto á ellos, y rápidamente hundió una, diez, cien veces el arma en el cuello de su novia. ¡Maldita!

Corrió después y le encontraron ¡quién sabe dónde! Al día siguiente rendía su declaración. Estaba dolorido, con fuertes desollones en los brazos. Casi no podía hablar.

Cuando concluyó, dijo el juez á alguien que no veía Felipe:

—Diga usted cuanto sepa, produciéndose con verdad.

—Señor....—empezó á decir.

Y al oír esa voz, Felipe tembló; hundió la cabeza en los cuadros de la reja, y.... vió á su novia llorando amargamente.

Continuó extraviadamente ella:

—Mi prima quiso ponerse mis vestidos para que la viera su novio..... entonces tal vez llegó Felipe, y creyendo que yo era quien besaba....

Su voz se ahogó en sollozos y Felipe sintió en el pecho la carga de una lápida!

.....

Y esto fué hace cinco años. Hoy cumple un mes de haber salido de la cárcel.

Sentado en esas rocas que incrustadas en la tierra están, como caídas de muy alto, mira la leve ondulación de la campiña simada; tiene el corazón apretado por su dolor, como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que seca el aire y no deja encarroñar. ¡Dios mío, Dios mío!...



Un Viaje á Villahelada

A ALFONSO REYES.

Desde aquí se miran rojear las techumbres de San Antonio de la Isla, una aldea mísera y polvosa, medio refrescada por un arroyo que riega profusamente arena y piedra pómez en caminos y sembrados. Iglesia roñosa, herbosas calles y flotando en todo el recuerdo de don Fernando Hinojosa—patriarca del poblacho—casi obligando á perpetua mudez á seres y cosas. Por allá, San Andrés del Ocote, con su iglesia de cimborrio alicatado y su árbol viejo y torcido como un candlabro gigantesco de fierro colado, que aún conservara pábilos verdosos de siglos de abandono. Pardo caserío diseminado como una reunión de zarposas gitanillas empeñadas en perennes aleganzas, y hondo silencio de camposanto; acullá, la hacienda del Veladero, de un gachupín que ya está por acriollarse; á la izquierda

el Xinantecatl, blanco y enorme como un bloque de mármol desbastado bruscamente para un busto de la Patria, y abajo, al pie, Tenango de Arista, Villahelada, mi puebluco salubérrimo por cuya gloria daría los latidos de mi corazón.

¡Alabancero tal vez; pero este pueblo esconde goces capaces de abalsamar el geniecillo más alacranado. Don Casildo que lo diga! Por aquellos entonces, luciendo bizarrías y echando gargantadas en ferias y fandangos; ¡á escape por los abajaderos de la vida! Pero tuvo que atollarse de súbito por aquellos grandes, dulces y negros ojos de Doña Isabel Guzmán, única que por el agarbado porte de castellana verdadera no parecía de Villahelada, y él que no anda con zirigañas, torció el almartigón á la juventud fogosa, y fué á caer de rodillas á los piés del señor Cura Don José María Arellano. Pasaron años; ella celosilla y buena, murió; (¡Dios la tenga en su santa gloria!) y él, sufridor y parlanchín, quedó con dos angelitos: uno de cabello trigueño, otro rubio y guedejón, y una tía Pascualita —mía también— de manos mágicas para espesos y alimentosos caldillos de gallina, y capaz de economizar el vaho de budineras y sartenes, y el prófugo tufillo de alcaparrones, chorizos almendrados y quesos porosos que lucen bajo tupidas alambreras.

¡Zamarrear á mi puebluco! ¡Vaya, quien abrigue tal pensamiento cochino, y le aseguro—si no es hombrecillo abrutado y

de corazón guijeño—que de vuelta se trae grabadas en el seso aquellas quietas callejuelas en cuyo medio marcha desatentado hilillo de agua cristalina, aquel Santuario de Nuestro Señor de Villahelada, aquellos crepúsculos de oro, aquellos mugidos solemnes de bueyes zapatados, aquellas risas y colores de las Ortiz y aquellos dulces murmurios del temblón abedular. Y si por acaso se traba de lengua con Don Eulogio Juárez, el más furioso coleccionador de alimañas, malacates, idolillos y noticias para su libro Verde, sus «Efemérides» de 50 años, afirmo que de un tirón se queda en mi puebluco. ¡Se queda y muy que se queda!

¡Y no hablamos de la feria de Agosto, cuando salen las carretas en honor de San Isidro, adornadas con guajolotes disecados, cuyas exangües carúnculas están recién embadurnadas de vermellón, como si los tales pajarracos llevaran colgados del pescuezo los intestinos sangrientos de un pollo; cándidas ovejas, coyotes hipócritas, haces de trigo y panojas resacas, en tanto que los bueyes ayuntados que tiran de las carretas, llevan las uñas plateadas y magestuosamente cabecean!

¡Esto en la calle! Si entramos al cementerio... ¡valgágame Nuestro Padre Jesús de Villahelada!... ¡dan ganas de bailar hasta sin zapatos! Aquellas danzas, aquel tejer y destejer listoncillos plicromos, cantando y bailando en redor de un bastoncejo adornado de cascabeles... ¡que

vaya el zullenco lenguaraz!... y ¡vamos! como quien zahuma con espliego un palomar para que se engrían los pichones viajeros... ¡Se queda y muy que se queda!....

¿Dónde tal quietud y paz? ¿Dónde acristianados vecinos como éstos? ¿Dónde pájaros abriñeos semejantes á los que aquí trovan enamorados furiosamente?

¡Y eso que ha cambiado un poquito mi villorrio! Allá, por el 88, la llegada del guayín de Ireneo era un acontecimiento, y el viaje otro acontecimiento más!

¡Ya lo creo! En el pescante Ireneo y el Doctor de piés ajuanetados; en los cuatro asientos interiores, bien Doña Mariquita Arellano y dos bultos con tamales para los sobrinos Eulogio y Margarita; ya Prisciliano, de jaquet, porque siempre le ha dado por adecentarse; Doña Josefa del Hortigón preparando el serrucho de su lengua, ó bien el señor Cura y sus grandes cucuruchos de confites; y á la zagá, un cajón con encargos para la guapa Teresa López Maya, ó bultos de charoles, vaquetas y becerros para «La Invencible Huichapeña.»

—¡Buena tarde tenemos!—exclamaba el señor Cura acomodándose entre las piernas un tompeate con jarros y costillas de puerco de la famosa tienda de Don Jesús Barrera.

—¡Quién sabe, quién sabe!—contestaba Prisciliano torciéndose los bigotes caídos como bruscos chorros de pelos y sopor-

tando en los talones heróicos una caja con *fruta de horno* destinada al cándido y flacuchito Estévez.

—¡Puede que sí!—terciaba Doña Josefa del Hortigón estornudando rabiosamente.

Y ¡jarre! Granizado y ¡jarre! Chupamirto, salía ruidosamente de Toluca el guayín torturador. Y después de hacerse mútuas concesiones para la colocación definitiva de los bultos respectivos, empezaba la conversación tímida y general, y luego concreta y despedazadora de honrillas.

—¡Claro!—decía Veguita, constructor de una perrera en el Cerro del Calvario, metiéndose con el pulgar y el índice dos gramos de mentolina en las narizotas peludas.—¡Clarísimo! Chucho Díaz llegó á Villahelada encueradito. ¡No me cuenten!... ¡Aquí vino á hacer la *roncha*!

La señora Cleras, resoplando y martirizando la gordura de su cuello, afirmaba beatíficamente.

—Dicen que conserva las alpargatas que trajo de Pontevedra! Deben ser para él verdaderas reliquias!

—¡Y la boina!—concluía Teresa López Maya.

Doña Mariquita y su compañera muy bajo discutían acerca de la limpidez de las enaguas aplanchadas de... ¡Ah lengüitas!

A poco los brincos del guayín—arrancadores del empacho, según mis conteórreos—el olorcillo de los puros de á ocho del señor Cura, el hedor á chamus-

quina de los cueros del carruaje tostados por el sol, y la polvareda que saltando de las ruedas entraba á ahogar á los viajeros, indisponían á la señora Cleras, y todos, cuando menos *in mente*, le volvían la espalda mientras arreglaba sus cuentas con el mareo trastornador.

En el camino polvoroso, ni un caminante; en los barbechos desnudos, ni un pájaro, y en la amarillez del paisaje, muy de trecho en trecho un ranchejo rojizo ó algún pollino alomado cargando con agobio brutal un tercio de rastrojo. El sol radiando como una bola de vidrio que se coloreara con el enfriamiento, y arriba, en la atmósfera dorada, un vuelo de tor-dos rezumbando como rehiletes de papel.

Primero el arenisco de Santa María Nativitas; después los barrancos y pendientes de Calimaya, y por último, los guijarrales de Santiaguito.

A poco andar, los farolejos amarillentos del alumbrado público, como chispazos de una inmensa bomba que revienta en el rincón obscurísimo que forman el Xuxtepetl y un ramal de la Sierra Madre, anuncian la proximidad de Tenango del Valle, ó Villahelada en la Geografía literaria.

Y ¡cáspita! con el airecillo que parece volver de una excursión al Xinantecatli. ¡Friolentico de veras! ¡Y cómo alarga y difunde el silencio de la noche los ladridos de los perros! Nada, que no se acostumbra!

En el guayín traqueteante todo es allegar cajitas y envoltorios y exhalar suspiros de satisfacción.

¡Al fin llegamos! y al abrir las portezuelas, cada viajero es recibido con abrazos. Aquí, Julianita la de las encías azules, quizás por los cigarrillos de canal y jicara, se deshace en preguntas y atenciones; allí, don Casimiro prodiga frases garapiñadas; acullá, Porfrito Arellano y Ponciano López se disputan las maletas, y momentos después, regando saludos en las tiendas y la botica, desaparecen los viajeros.

¡Qué triste queda el pueblo! ¿A dónde ir? El hotelillo de don Gumersindo medio convida al forzado descanso. Todo es quietud y paz. ¡Todo! ¡todo! ¿Pasear? Si dicen que frecuenta las callejuelas mudas el nahual de huecas uñas como cáscaras de haba! Nada menos que á don Jesús Garduño le salió á media noche y se quedó como al que le arrojan una cubeta de agua fría: tartamudo y temblequeando. ¡A dormir y Santas Pascuas! Nuestro Padre Jesús de Villahelada vela solícito el sueño de sus hijos!...

